

Rosa Azul.

Contiene

Cuentos.—Concurso.
Poesías.—Historietas.
Pasatiempos.—Cola-
boración infantil.—
Croniquilla.—Cuentos
y Leyendas regiona-
les.—Crítica y Efemé-
rides.—Corresponden-
cia, y una novela, ilus-
trada, en folletín.



Véase el concurso de BELLEZAS INFANTILES

ROSA Y AZUL

(TODO PARA NIÑOS)

Número suelto: 15 céntimos.—REVISTA SEMANAL ILUSTRADA.—Número suelto: 15 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 33.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista y el mapa.....	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista y un mapa ..	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.

residente en provincia de

calle número cuarto

se suscribe á Rosa y Azul por meses, y envía su importe en (1)

de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, sellos que no excedan de una peseta ó sobre monedero.

REGALO.—Al elevar á quince céntimos el precio de ROSA Y AZUL ofrecíamos ir mejorando las condiciones de la publicación, sin decir en qué consistían las mejoras, porque nos agrada más dar que ofrecer. Algunas de las reformas ya se han introducido, y á diario recibimos cartas en que las aplauden. Hoy, deseosos de corresponder al creciente favor que el público nos dispensa, ofrecemos como regalo un

MAGNIFICO MAPA DE ESPAÑA

estampado en una de las principales casas litográficas de Suiza. Tanto por su tamaño, 100 por 75 centímetros, como por la finura de los colores, el papel y los tipos de letra que se han empleado para la estampación, hacen del

MAPA DE ESPAÑA

un medio de instrucción para los niños y un objeto digno de figurar en todos los Colegios, Despachos y Oficinas. A todos los que se suscriban por un año, con el envío de los ejemplares haremos la remesa del mapa, debiendo remitir **25 céntimos** los que deseen recibirle certificado.

Y á fin de que el regalo llegue también á manos de los que compran ROSA Y AZUL en los puestos, insertamos un **cupón-regalo**, y haremos entrega del mapa á todo el que nos presente **52 cupones** con la numeración correlativa.

Precio de venta del mapa para los no suscriptores: 3 pesetas en toda España.



HEMOS recibido una visita que jamás olvidaremos.

Tres niños, acompañados por su profesor, se presentaron en esta casa, que lo es vuestra, á las once de la mañana y preguntaron por el Director.

—La hora de oficina es desde las seis de la tarde á las nueve—les dijo el ordenanza.

Los niños consultaron con la vista al profesor, y después de que éste les contestó con una mirada de indulgencia, agregaron:

—Volveremos á las seis.

Estudiantes de Matemáticas, no podían dejar de ser exactos, y á las seis en punto volvieron á presentarse.

Eran tres guapos muchachos, de catorce años dos, y el otro de trece. Uno de ellos tomó la palabra, y sobre poco más ó menos se expresó así:

—Señor Director: Somos entusiastas lectores de ROSA Y AZUL, y como hemos leído la *Croniquilla* del número 15, venimos á demostrarle que somos buenos estudiantes y que aprovechamos las lecciones que del profesor recibimos. Aquí tiene usted (enseñan-

do las papeletas), ni un *aprobado*: todas *sobresalientes* y *notables*.

Al decir esto, los tres muchachos tenían las mejillas arrojadas por el rubor.

¡Con cuánto placer examinamos las papeletas y qué gozo tan grande experimentamos ante esos tres niños que mañana han de ser los redentores de esta Patria tan querida.

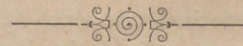
Porque no lo dudéis: vosotros, que ninguna parte tenéis en las desdichas que á España afligen, sois los llamados á redimirla con vuestras ciencias, vuestras artes ó vuestras industrias.

¿Queréis saber los nombres de esos tres niños? Pepito Arroyo, Tomás Ruiz y Jaime Carratalá.

No citamos el del profesor por no haberlo consentido.

Á todos reiteramos públicamente nuestra enhorabuena.

BEBÉ.



NUESTRAS REFORMAS

Desde el número 20, ROSA Y AZUL tendrá 24 páginas en vez de 20 que ahora tiene, y su precio no sufrirá alteración; resultando así la Revista más barata de cuantas se publican.

EL PAYASILLO

TODA la ciudad está convertida en hervidero, á causa de las fiestas, que tocan á su término; en cada plaza se levantan barracas y palestras de saltimbanquis; nosotros tenemos precisamente debajo de las ventanas un

divirtiéndose á todos. ¡Y cómo trabajan! Todo el día están corriendo del circo á los coches, en traje de punto, ¡y con el frío que hace! Comen dos bocados á escape, de pie, entre una y otra representación, y á veces, cuando tienen el circo ya lleno, se levanta un viento fuerte que rasga las telas y apaga las luces.



¡Adiós espectáculo! Necesitan devolver el dinero y trabajar toda la

noche para reparar los desperfectos del barracón. Tienen dos muchachos que trabajan, y mi padre ha reconocido al más pequeño cuando atravesaba la plaza; es hijo del dueño, el mismo á quien vimos el año pasado hacer los juegos á caballo en un circo de la plaza de Víctor Manuel. Ha crecido; tendrá unos ocho años; hermoso rapaz, con una carita redonda y morena de pillete y multitud de rizos negros que se le escapan fuera del sombrero cónico. Está vestido de payaso, metido dentro de una especie de saco grande con mangas, blanco, bordado de negro, y con unos zapatitos de tela. Es un diablejo. A todos gusta. Hace de todo. Se lo ve envuelto en un mantón, muy de mañana, llevando la leche á su casucha

circo de tela, donde funciona cierta pequeña compañía veneciana con cinco caballos. El circo se halla en medio de la plaza, y en un ángulo hay tres grandes carretas, donde los titiriteros duermen y se visten; tres casetas con ruedas, con sus ventanillas y una estufita cada una, que siempre está echando humo, y entre ventana y ventana están extendidas las envolturas de los niños. Hay una mujer que da de mamar á unorro, hace la comida y baila en la cuerda. ¡Pobre gente! Se les llama *saltimbanquis* como palabra injuriosa, y, sin embargo, ganan su pan honradamente

de madera; luego va á buscar los caballos á la cuadra, que está en la calle próxima; tiene



en brazos al niño de pecho; transporta aros, caballetes, barras, cuerdas; limpia los carros, enciende el fuego, y en los momentos de descanso siempre está pegado á su madre.

Mi padre se le queda mirando siempre desde la ventana, y no hace otra cosa más que hablar de él y de la gente, que tienen todos las trazas de ser buenos y de querer mucho á sus hijos. Una noche fuimos al circo; hacía frío y no había casi nadie; pero no por eso el payaso dejó de estar en continuo movimiento para tener alegre á la gente: daba saltos mortales, se agarraba á la cola de los

caballos, andaba con las piernas por alto, y cantaba, siempre con su carita morena y sonriente; y su padre, que vestía traje rojo con pantalones blancos y bota alta, y la fusta en la mano, lo miraba, pero estaba triste. Mi padre tuvo compasión de él, y habló del asunto con el pintor Delis, que vino á vernos. ¡Esta pobre gente se mata trabajando y hace muy mal negocio! Aquel muchacho, ¡le parecía tan bien! ¡Qué se podría hacer por ellos? El pintor tuvo una idea.—Escribe un buen artículo en el *Diario*—le dijo—tú que sabes escribir; cuenta los milagros del payasillo, y yo haré su retrato; todos leen el *Diario*, y á lo menos una vez concurrirá la gente.—Así lo hicieron. Mi padre escribió un artículo hermoso y lleno de gracia, en que decía todo lo que

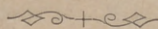
nosotros veíamos desde las ventanas, y ponía en ganas de conocer y acariciar al pequeño artista; y el pintor trazó un retrato parecido y artístico, que fué publicado el sábado por la tarde. En la representación del domingo una gran multitud concurrió al circo. Estaba anunciado *Representación á beneficio del payasín*; del payasín, como se le llamaba en el *Diario*. No había un alfiler en el circo; muchos espectadores tenían el *Diario* en la mano y se lo enseñaban al payasín, que se reía y corría, ya por un lado, ya por el otro, loco de contento. También el padre estaba alegre. ¡Ya lo creo! Jamás ningún periódico le había hecho tanto honor, y la caja estaba llena de cuartos. Mi

padre se sentó á mi lado. Entre los espectadores había gente conocida. Cerca de la entrada de los caballos, en pie, estaba el maestro de gimnasia, uno que estuvo con Garibaldi, y frente á nosotros, en los segundos puestos, el albañilito, con su carita redonda, sentado junto á su padre, que parecía un gigante... y apenas me vió me hizo un guiño. Algo más allá vi á Garofi, que estaba contando los espectadores, calculando por los dedos cuánto habría recaudado la compañía. En los sillones de los primeros puestos, poco distante de nosotros, estaba el pobre Roberto, aquel que salvó al niño del ómnibus, con sus muletas entre las rodillas, apretado contra su padre, capitán de artillería, que tenía apoyada una mano sobre su hombro. Comenzó la representación. El payasín hizo maravillas sobre el caballo, en el trapecio y en la cuerda, y siempre que descendía era aplaudido por todas las manos, y muchos le tiraban de los rizos. Luego hicieron ejercicios otros varios: funámbulos, escamoteadores y caballistas, vestidos de remiendos, pero deslumbradores por la plata que los recubría. Pero cuando el muchacho no trabajaba, parecía que la gente se aburría. En esto vi que el maestro de gimnasia, que estaba en pie en la entrada de los caballos, hablaba al oído con el dueño del circo, el cual repentinamente dirigió su mirada á los espectadores, como si buscase á alguien. Sus ojos se detuvieron en nosotros. Mi padre lo advirtió; comprendió que el maestro le había dicho quién era el autor del artículo, y para que no fuera á darle las gracias, se largó, diciéndome:—Quédate, Enrique, que yo te espero fuera.—El payasín, después de haber cruzado unas palabras con su padre, hizo otro ejercicio: en pie sobre el caballo que galopaba, se vistió cuatro veces; primero de peregrino, luego de marinero, después de soldado, y por fin de acróbata, y siempre que pasaba cerca de mí me miraba. Luego, al

bajarse, comenzó á dar una vuelta al circo con el sombrero de payaso en la mano, y todos le echaban algo, bien dinero, bien dulces. Yo tenía preparados dos sueldos; pero cuando llegó frente de mí, en vez de presentar el sombrero lo echó hacia atrás, me miró y pasó adelante. Me mortificó esto. ¿Por qué me había hecho esta desatención? La representación terminó; el dueño dió las gracias al público, y toda la gente se levantó, aglomerándose á la salida. Yo iba confundido entre la multitud, y estaba ya casi en la puerta, cuando sentí que me tocaba una mano. Me volví: era el payasín, con su carilla graciosa y morena y sus ricitos negros, que me sonreía; tenía las manos llenas de dulces. Entonces comprendí.—Si quisieras—me dijo—aceptar estos dulcecillos del payasín...—Yo le indiqué que sí, y cogí tres ó cuatro.—Entonces—añadió—acepta también este beso.—Dame dos—le respondí; y le presenté la cara. Se limpió con la manga la cara enharinada, me echó un brazo alrededor del cuello, y me estampó dos besos sobre las mejillas, diciéndome:—Toma, toma, y lleva uno á tu padre.

EDMUNDO DE AMICIS.

(Del libro *Diario de un niño*, propiedad de los señores Perlado, Páez y Compañía.)



CHIQUILLADA

—Mi querida Marcela, ¿es posible que desde que salió usted de Madrid no me haya escrito ni una carta?

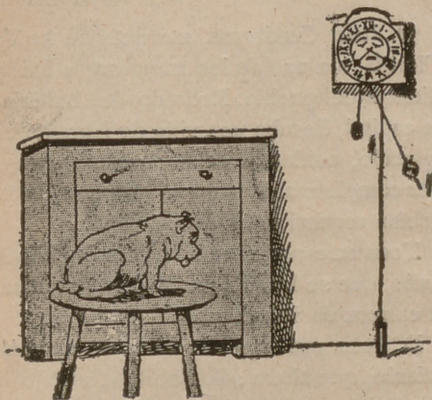
—¡Aurora de mi vida, tres la he enviado! ¡Nada!... En España es fatal el servicio de Correos.

—Pues son las primeras que á mí se me han extraviado.

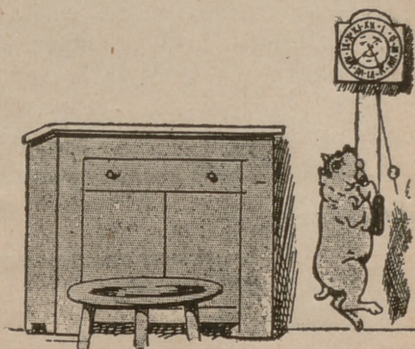
ARTURÍN (*con ingenuidad*). ¡Si no se han perdido! Acuérdate, mamá, que dijiste que no valía doña Aurora los quince céntimos de la carta.

J. SÁNCHEZ.

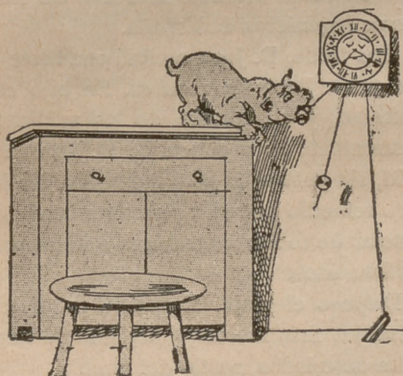
EL INGENIO DE LOS ANIMALES



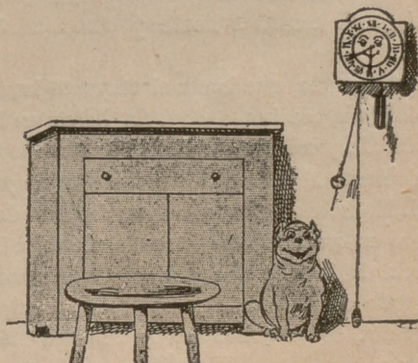
—Ese maldito reloj se ha parado, y como no da la hora no vienen á cenar los amos. Se me ocurre una cosa...



tirando de ésta hago que suba la otra, y cuanto más tire antes dará la hora deseada... ¡Ah!... Tengo un apetito!... ¡Ah!... (*Bostezo prolongado.*)



De un salto al trinchero. ¡Muy bien! Ahora cojo la pesa, la aprieto bien, me desplomo y...



¡Tan!... La media, y ocho que antes dió las ocho y media... ¡Esta es la hora! ¡Ya se acercan! ¡Siento los pasos! ¡Ellos son! ¡Ah!... ¡Cuidado si soy listo! ¡Hasta el reloj se sonrió!

ADVERTENCIA.—En atención á la insistencia con que nos piden suscripciones para Madrid, á partir de este número comenzamos á organizar el servicio de reparto, á fin de tenerle en toda regla para servir á los suscriptores desde el primer número de Julio.

La suscripción será por meses, al precio de cincuenta céntimos.

Los lectores que deseen suscribirse pue-

den pasar por estas oficinas de 6 á 9 de la noche, para dejar nota de sus domicilios ó enviarlos por carta.

La cobranza de la suscripción se hará cuando los repartidores entreguen á domicilio el primer número.

A medida que vayamos recibiendo las suscripciones se insertarán en una página de la Revista los nombres de los suscriptores.



GUADALAJARA

DE LA CHOZA AL PALACIO

I

TRALLA era el mayoral más arrojado de aquellos andurriales.

Donde nadie atreviase á llegar, allí llegaba *Tralla*, sin temor á nadie y desafiándolo todo.

Su diligencia, que hacía el trayecto hasta Guadalajara, era famosísima. La llamaban la *Invencible*, y ninguna como ella hacía más rápidamente el recorrido y con mayor seguridad. No había volcado nunca, á pesar del peligro en que muchas veces la colocaba la audacia de *Tralla*. Los pasajeros, que conocían todo esto, preferían aquel coche á todos los demás, convencidos de que harían más pronto y más divertido el viaje.

Por aquel tiempo asolaba la comarca una partida de bandoleros que traían á todo el mundo con el alma en un puño.

De noche no había quien se aventurase por los caminos, temiendo un funesto encuentro con el *Mellao*, el capitán de los bandoleros, que tenía peores entrañas que intención, siendo ésta de lo más mala.

Sólo *Tralla* había osado salir una noche, y había tenido que detenerse en mitad del camino al matarle los caballos y acribillarle á balazos el coche.

El *Mellao* reinaba como señor absoluto en los campos, y costaba muy caro atreverse con él.

II

D. Juan Cuadernas, marqués de la Vega Florida, era uno de los mayorazgos más pudientes del pueblo. Retirado del bullicio de la capital, llevaba una vida de labrador acomodado, cuidando de su hacienda y ajeno por completo al fausto y al lujo que tanto le habían requerido en otro tiempo.

Toda su esperanza cifrábala en su hijo Antonio, que se hallaba en Madrid estudiando la carrera de ingeniero.

D. Juan poseía en la corte un magnífico palacio, que ahora sólo habitaba su hijo con el administrador y algunos criados.

La aplicación de Antonio era proverbial, y su padre decía orgulloso:

—Ya verán ustedes: será uno de los primeros ingenieros de España.

Una tarde, D. Juan recibió una triste noticia que le llenó de zozobra. Su hijo estaba enfermo, y en opinión de los médicos era conveniente la presencia de D. Juan en Madrid, sin perder un solo momento. No había otro remedio que salir aquella misma noche, á pesar de todos los temores que inspiraban los bandidos.

Dispuso el viaje. Enganchó uno de sus carruajes más fuertes, y seguido de una escolta de criados, partió del pueblo.

No habían andado cuatro leguas cuando al entrar en un angosto desfiladero les dieron la voz de alto.

Por pronto que quisieron defenderse, halláronse rodeados de hombres enmascarados que, sin dejarles hacer uso de las armas, maniatáronlos.

Un mocetón de rostro repulsivo y de sórdido aspecto abrió la portezuela del coche, y dijo al marqués:

—Ruego á usted que me siga. Nadie le hará daño; va en ello mi palabra.

D. Juan ofreció todo cuanto le pidieran con tal de poder llegar al lado de su hijo;

pero contestáronle con burlonas carcajadas, é interrumpiéndole su interlocutor, le advirtió:

—¡Ea, venga usted! Ya arreglaremos eso. Aquel hombre era el *Mellao*.

D. Juan tuvo que resignarse, y siguió á los bandidos.

III

En el pueblo se supo por *Tralla* lo ocurrido. Había visto el coche del marqués despeñado en un barranco, y encontrado cerca de allí las huellas de los bandoleros que se internaban en el bosque.

Nadie dudó que D. Juan había caído en manos del *Mellao*. Avisóse á las autoridades, y organizóse una batida para librarle del poder de los bandidos.

Tralla se puso al frente de algunos mozos dispuestos á todo.

Era una obsesión en el pueblo acabar de una vez con los foragidos. La lucha se había empeñado con terrible tesón.

IV

¡Cuál no sería el asombro y el dolor de D. Juan al enterarse de los infames planes del *Mellao*! La noticia de la enfermedad de su hijo no había sido más que un ardid para atraerlo á la emboscada que le había preparado. Pero no paraba ahí la cosa. Precisamente había hecho lo mismo con su hijo, escribiéndole que su padre estaba enfermo. Y ahora se encontrarían los dos en poder de aquel bandolero, que exigiría por su libertad una fuerte suma.

Llegaron á lo más intrincado del bosque, y apareció un hombre que venía corriendo.

—A la orden, mi capitán.

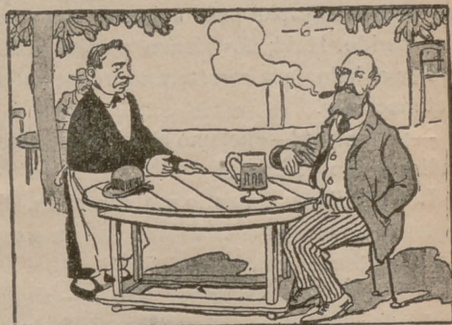
El *Mellao* le preguntó:

—¿Lo habéis atrapado? ¿Dónde le tenéis?

El bandido, mostrando la sangre que le manaba de una herida en un hombro, contestó:

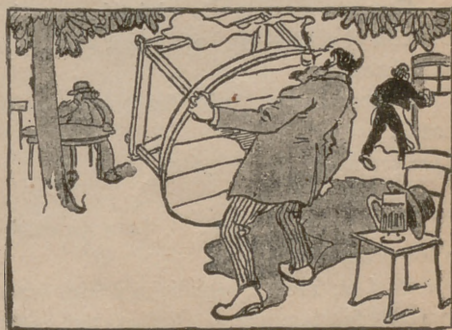
TODO LO SUPLE EL INGENIO

I



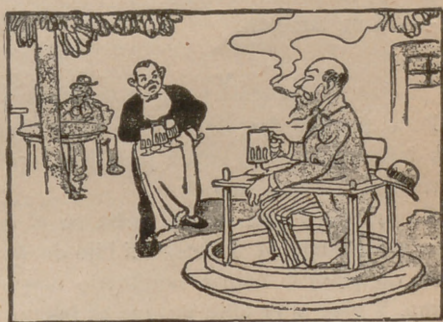
—Mozo, tráigame un sillón; estoy muy cansado.
—Señor, no tenemos.

II



—¡Vaya una cervecería! Con que no hay sillones, ¿eh? Yo me arreglaré uno.

III



—¿No decías que no tenéis sillones? Ve aquí uno de mi invención.

—¡Qué ingenioso! ¡Cuidado con el asiento!

—¡Nos han vendido! Venía acompañado, y allí quedan muertos mis compañeros. Yo he podido escapar para avisaros; pero me han herido. Huid; nos vienen persiguiendo.

Por el lado de la carretera oyéronse varias detonaciones.

—¡Maldición!—exclamó el *Mellao*—. Matadlos como á perros.*

Los bandidos, armando sus carabinas, dirigiéronse hacia el sitio en que habían sonado las detonaciones.

—Tú las vas á pagar por todos — siguió diciendo el *Mellao*, dirigiéndose á D. Juan.

Pero éste, que sólo tenía que vérselas ya con un enemigo, se arrojó sobre él y le arrancó una de las pistolas.

—Como te muevas—le advirtió, apuntándole con el arma—, te hago pagar aquí todos tus crímenes.

El tiroteo al otro lado del bosque había cesado.

De pronto oyóse un grito.

—¡Papá! ¡Papá!

Cuando se dió cuenta D. Juan ya estaba en los brazos de su hijo.

Junto á él, *Tralla*, satisfecho y triunfante, amarraba fuertemente al *Mellao*, que rugía, lanzando espumarajos por la boca.

—¡Me has vencido!—exclamó.

—Papá — dijo el hijo de D. Juan —, este mozo me ha salvado la vida.

—Y á mí también.

V

Poco tiempo después, el *Mellao* pagaba sus delitos encerrado en un presidio, donde permanecería toda su vida.

En cambio *Tralla* abandonaba su choza para ir á Madrid, al palacio del hijo de don Juan, de quien lo habían nombrado mayordomo. Y vive muy feliz, porque es bueno y honrado. Así nunca se dará el caso de que vuelva del palacio á la choza.

X. X.

LA CAMPAÑA DE "ROSA Y AZUL,"

LA campaña de ROSA Y AZUL no puede ser más sublime, hermosa, bonita y... todo lo que yo diga es poco para alabarla.

Tal vez la nación española dentro de poco le deba gran parte de su brillante civilización.

Vuestros sucesores dirán contemplando las colecciones de ROSA Y AZUL: En el año 1904 empezó la civilización de los niños, hoy convertidos en ancianos.

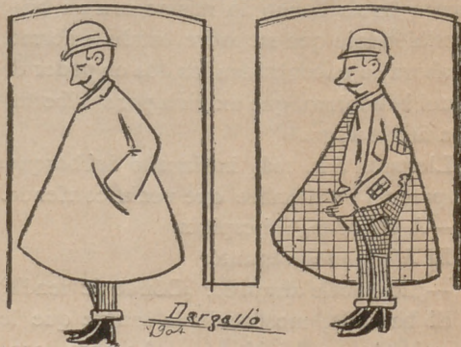
Hace muchos años, ningún periódico de la Prensa española se había dedicado á tan bella empresa, sin duda porque creyeron que un periódico infantil no produciría para su sostén; por esta causa se dedicaron á periódicos obscenos, que el ciudadano honrado rechaza, incapaces de figurar en ninguna nación civilizada.

Alguien ejerció su campaña con duendes, brujas, fantasmas y otra porción de patrañas, que el muchacho sediento del idealismo devoró con frenesí. ¡Cuánto mal hizo!

Debéis bendecir el nombre de ROSA Y AZUL y guiar á los hombres hacia los ideales que vosotros ya sabéis.

MANUEL DE DIEGO.

COSAS DE LA VIDA, por Dargallo.



Vista exterior é interior de un individuo que busca un empleo... y una buena dote.

¡QUÉ BUENO ES DIOS!

POEMA EN DOS CANTOS

(Continuación.)

VII

Y así fueron pasando
los siglos como sueños de una hora,
Fidel amenazando,
y el Señor perdonando
á todo el ser que vive, gime y llora.
Y queriendo ejercer constantemente
el rígido deber que se hace odioso,
el ángel, cada vez más inclemente,
creyendo, cual si fuese un juez celoso,
que no existe en el mundo un inocente,
viendo su alma feroz, aunque cristiana,
en cierto siglo una moral malsana,
le preguntó á su Dios:—Señor, ¿qué hacemos?
Y Dios, con su clemencia sobrehumana,
miró á la tierra y dijo:—Ya veremos.—

VIII

Acusando á la misma Providencia
de ser tibia en su celo,
por no esperar Fidel, en su impaciencia,
que ninguno al morir piense en el cielo,
al ver á una mujer, que acabó en santa,
y á muchas que olvidaron sus deberes,
fué su cólera tanta
que le dijo al Señor:—A esas mujeres
no es posible absolverlas.—
Mas Dios omnipotente,
con frases que caían dulcemente
como en un vaso de cristal las perlas,
responde con palabras amorosas:
—Fidel, ten más clemencia
con todo el que ha probado en la existencia
la amargura del dejo de las cosas;
y perdona á la pobre Magdalena
que, si no es pura, es más que pura... es buena.

IX

Ya odiando la bondad de un Dios agosto
no, sólo perdonando, cree que es justo,
murmuraba Fidel frecuentemente:
—El mundo está perdido—
por no tener presente
que, más que á un inocente,
Dios prefiere á un culpable arrepentido;
y el gran Rey de la altura,

con voz que es una fuente de ternura,
le dice de esta suerte:
—Deja siempre el castigo para luego;
que el hombre á veces ciego
ve mejor á la hora de la muerte.

X

Sigue Fidel por su excesivo celo
estudiando dulzura en las panteras,
como un inquisidor que cree de veras
que, matando, gana almas para el cielo:
y cual siempre, olvidado
de que Dios odia al mal y no al malvado,
exclama á fuerza de rencor, impío:
—¡Cuánto crimen, Dios mío!
¿No es hora ya, Señor, de que matemos?—
Dios misericordioso,
sepultando lo justo en lo piadoso,
vuelve á decirle como un rey:—Veremos.—
Y Fidel, iracundo,
queriendo exterminar á medio mundo,
haciendo también guerra
á los que cree dichosos en la tierra,
contra todo feliz, á cualquier hora
quiere lanzar el rayo, porque ignora
que si el hombre es dichoso algún momento,
sus días de aflicción no tienen cuento,
¡y que, del globo en el helado infierno,
la dicha es la excepción de un mal eterno!

CANTO SEGUNDO

ATALÍA

I

Y después de pasados
algunos siglos más, un hombre un día
acusaba á Atalía
del mayor y el menor de los pecados.
Atalía es variable de tal modo
que del amor sólo ama los placeres,
siendo de esas mujeres
que cuentan con el diablo para todo.
Con ojos del matiz de la avellana,
y el bronceado color de una gitana,
más que uno á uno, en aquel rostro bello
pueden contarse á pares,
como besos del diablo, los lunares
que esmaltan sus mejillas y su cuello.
Mujer de gran talento
que, como todas ellas,
cree que son clavos de oro las estrellas
con que Dios asegura el firmamento.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

(Se continuará.)



CONCURSO DE BELLEZAS INFANTILES

A petición de numerosos lectores, abrimos un concurso de **bellezas infantiles**, que durará todo lo que queda de año.

Bases para tomar parte en el concurso:

1.^a Las fotografías de los niños pueden remitirse á estas oficinas desde la publicación de este número.

2.^a Las fotografías deben ser en busto y de tamaño *americana* ó mayor, pero no más pequeño.

3.^a A medida que se reciban serán numeradas, y un Jurado designará las que deban insertarse.

4.^a La publicación de la primera fotografía se hará en el número 19, correspondiente al día 3 de Julio.

5.^a Al dorso de cada fotografía debe hacerse constar el nombre, apellidos, edad y punto de residencia del concursante.

6.^a Con el último número del año repartiremos un cupón para que los lectores otorguen con sus sufragios el premio, que consistirá en un **billete de cincuenta pesetas**.

7.^a Si á juicio del Jurado de admisión hubiese más niños que mereciesen premios, la Dirección acordará los accésits que se han de otorgar, que consistirán en juguetes ó libros de recreo.

8.^a Para remitir las fotografías es preciso ajustarse á lo siguiente: la tarjeta debe colocarse entre dos cartones, sujetos con una cuerda y con la dirección en esta forma:

Impresos.

Sr. Director de ROSA Y AZUL.

Marqués de Santa Ana, 33, pral.

(Para el concurso de bellezas infantiles.)
MADRID.

En los números sucesivos aclararemos cuantas dudas puedan surgir acerca de este concurso.

RESULTADO DEL QUINTO

Con arreglo á las condiciones impresas en el número 11, el día 31 de Mayo quedó cerrado este concurso, para el cual recibimos 1.872 tarjetas con la solución exacta, que era

Darse á los diablos,

y 691 con soluciones equivocadas.

Sometidas las 1.872 tarjetas á un sorteo; que presenciaron D. Ricardo Herrera Dávila y D. Juan Sotomayor, resultaron premiados:

Con el **reloj de bolsillo**, Emilio Lluch y Oliver, de Barcelona.

Con los premios 2.^o al 13: Luis Cordavias, de Madrid; Rosita Linazasoro, de Málaga; Jaime Estellés, de Cádiz; Aurorita Amorós, de Madrid; León González, de Santander; Ramiro Cañizares, de Soria; Luisilla Peláez, de Valladolid; Primitivo Carrasco, de Estriégana; Rosario Mochales, de Badajoz; Perico Lopetegui, de Castro Urdiales; Manuel Ramonet, de Tarrasa, y Carmita Ruiz, de Madrid.

Con los premios 14 al 25: Hermenegildo Rodríguez (sin señas); Gloria Mochales, de Pampliega; Simeón Fernández, de Madrid; Lucas Aguilera, de Jaén; Concha Mínguez, de Madrid; Paquita D. Ruiz, de Granada; Eusebio Gil, de Monóvar; David Cimarra, de Calatayud; Ramón Redondo, de Alcampel; Sebastián Nozal, de Pozoblanco; Pío Gueren-dían, de Artazu, y Lucas M. Ayesterán, de Ondárroa.

Pueden pasar á recoger el premio los de Madrid, y enviar persona debidamente autorizada los de provincias.



SETAS VENENOSAS

AQUELLA tarde quiso D. Mariano que nuestra excursión semanal se dirigiera al monte del Olivo. Teníamos la costumbre de dar un paseo todos los jueves con nuestro buen profesor; unas tardes nos llevaba á los jardines y huertas; otras, á los campos, y no faltaban ocasiones en que se le antojaba llevarnos á algún monte como la tarde á que me refiero. Salimos, pues, camino del monte, divididos en dos grupos. En el delantero iban los más revoltosos y traviesos; en el de atrás los más juiciosos, rodeando á D. Mariano, que nos entretenía con sus cuentos. Estábamos bastante internados en el monte, cuando uno de mis condiscípulos del grupo delantero se volvió hacia nosotros, gritando:

—¡D. Mariano, mire qué setas! Tome usted, que tanto le gustan.

—En efecto, mucho me gustan— replicó D. Mariano con el dulce acento que lo caracterizaba—; pero esas puede que sean venenosas.

—¡Ca! En estos montes no hay setas venenosas— respondió el que traía las setas.

—Oid lo que me pasó á mí siendo aún muy joven—repuso D. Mariano mientras formábamos corro á su alrededor:

—Apenas había concluido mi ca-

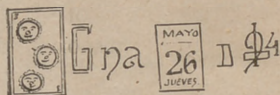
rrera de maestro, tendría diez y nueve á veinte años, compré un carricoche, que yo mismo dirigía, pues me gustaba hacérmelo todo. No obstante, cuando iba á algún pueblo—cosa que acontecía á menudo—solía llevarme conmigo á mi buen criado Pascualón. Un día hube de ir á un lugar muy cercano, y, como de costumbre, me llevé á Pascualón.

Os advierto que el llevarme conmigo á mi criado no era costumbre ni manía; era porque en Soria, cuya escuela me estaba confiada, hay muchos merodeadores por la carretera, sobre todo al oscurecer.

Salimos de Soria en el carricoche, sin ocurrir nada por el camino. Llegamos al pueblo, y allí, después de comer y hacer los negocios que á la aldea me habían llevado, volví adonde me esperaba Pascualón, quien me preguntó qué me habían dado de comer en la posada; yo le respondí:

«Setas; por cierto que estaban buenas.»

GARTAS ILUSTRADAS



Querido QUE RRI :

recibi tu en la que me decias que te mandase juguetes y golosinas, pero vote jouedo mandar + que

jones no hay +.

Dile á celo que si le hay este año en tura.

Recibe un abrazo de tu $\frac{2i}{e}$

Manuel Castañs

«¿Le gustan al señor las setas?»

«Mucho.»

«Pues en llegando á Soria le enviaré con mi *chicuca* de las que me ha *mandao* mi tía.»

«¿Serán venenosas?»

«¡Ca! Si me las ha *mandao* como cosa *mu güena*»

«¿Guisadas?»

«Sí; pero *mu* bien. Las ha *guisao* mi mujer al estilo de Santander.»

«Bueno, muchas gracias, hombre; pero procura que lleguen á la hora de la cena.»

«No lo *hicia* para que el señor me diera gracias, y en cuanto á lo de la cena, se las mandaré en llegando.»

Y con esta y otras conversaciones llegamos á Soria. Me bajé del carricoche para irme á mi casa, y Pascualón se fué con él á la cuadra, prometiéndome por cuarta vez las setas.

Estaba cenando cuando entró la *chicuca*,

INFORMACIÓN GRÁFICA (Fotografías de Pedro Retes.)



1. Vista del Pilar y puente de piedra.—2. La Lonja.—3. Diputación provincial.—4. Calle de Alfonso (ZARAGOZA).

como él decía, con un enorme plato de setas, que devoré en pocos minutos y que me supieron á gloria.

Después de cenar bien me dirigí, como acostumbraba, á la tertulia de la botica de D. Fermín. Cuando estábamos en lo más interesante de la conversación llegó la *chicuca* del Sr. Pascualón pidiendo que fuera el médico; su padre había comido setas y estaba muy mal. Levantóse el galeno, y se dirigió adonde reclamaban su presencia. Yo, al enterarme de que le habían hecho daño las setas, me apuré muchísimo, pues pensé que aquellas setas, de las cuales había yo comido, pudieran ser venenosas.

Conocieron mi disgusto el farmacéutico y el cura. Al principio yo negaba que tuviese nada; pero al fin hube de confesarlo, pues mi estado se agravaba.

Me dieron ipecacuana y otra infinidad de cosas, y después que me hube tranquilizado, conté al cura y á D. Fermín lo sucedido aquella tarde.

Estaba ya al final de mi narración cuando entró el médico. Interrumpí el relato para preguntarle si las setas eran venenosas.

«¡Quite allá!—dijo el doctor—. ¡Qué han de ser venenosas! Se habrá atracado.»

Una carcajada acogió aquellas palabras. Eran el cura y D. Fermín quienes se reían. ¿De qué? Fácil es adivinarlo; de que no siendo venenosas las setas, hubiera yo tomado vomitivos y cosas por el estilo.

El doctor los miraba sin adivinar la causa de la risa, hasta que le explicaron lo allí sucedido momentos antes de llegar él.

Después los dos rieron por espacio de quince ó veinte días, haciéndome burla y preguntándome si quería setas.



Volvimos al pueblo comentando lo que D. Mariano nos había contado y riendo también de la ocurrencia.

EDUARDO BENZO Y CANO.

PENSAMIENTOS

La pereza es la madre de todos los vicios y la desgracia más grande que puede tener una persona.

Un niño tiene siempre todo el encanto de la esperanza.

La vanidad nos cuesta más que el hambre, y nos obliga á mayores sacrificios que la razón.

Los niños son el lazo que existe entre el cielo y la tierra, y el único acaso que los hombres no pueden romper.

La lástima es tan grande como la tristeza.

La limpieza es el mejor amigo para la salud.

El que respeta los derechos de los demás, respeta los suyos.

Los hombres desde la infancia deben tomar el camino del bien.

VICENTE MAS COLL.



EL día 16 de Junio del año 1590 fué estrañado de la corte de Felipe II el R. P. Fr. Francisco de Torres, varón apostólico y predicador insigne; motivando esta determinación violenta el discurso que pronunció en la infraoctava del *Corpus* en la Real Capilla, oyéndole el rey; D. Diego de Guzmán, patriarca de las Indias; el cardenal arzobispo de Toledo, D. Gaspar de Quiroga; Fr. Diego de Chaves, del Orden de Santo Domingo, confesor del rey; el duque de Medinasionia; D. Álvaro de Córdoba y otros personajes. Dicen que el orador sagrado se dirigió á los cortesanos, llamándoles la atención sobre el desengaño del favor de los príncipes, refiriéndose al cruel tormento del célebre magnate Antonio Pérez. Cuando el religioso se retiraba á su convento, fué detenido por Mateo Vázquez, quien de orden del rey le pedía el discurso: el P. Torres se lo entregó, y aquél al patriarca; éste lo dió á revisar al venerable Fr. Alonso de Orozco, rector del colegio de Doña María de Aragón, quien manifestó que en él no hallaba motivo de censura; y no satisfechos con esto sus contrarios, le acusaron á cierto Tribunal, el que le redujo á prisión, sacándole de la celda que ocupaba en Madrid en el convento de Observantes (San Francisco), imponiéndole después la pena de destierro.

M.



EL DE LOS TRES BIZCOCHOS

SEÑORAS y señores: ¿Hay alguno de ustedes que sepa el modo de hallar bajo el sombrero de un espectador cualquiera tres bizcochos que voy á comerme?

—No sea usted bromista. ¿Cómo se van á encontrar los bizcochos debajo de un sombrero si los tiene usted en el estómago?

—Pues se hallan, y si ustedes lo dudan, haremos la prueba.

Dicho esto, se toman los tres bizcochos, y se ordena á todos los que formán parte de la tertulia que cojan los sombreros y los tengan en la mano de manera que se vea bien que no hay en ellos nada oculto. Cuando el espectador más exigente está ya satisfecho, se comen los tres bizcochos, se bebe un trago de agua y se dice:

—Cúbranse ustedes. ¿Han visto cómo los bizcochos pasaron de mi mano á mi boca y de ésta al estómago? El agua los empujó, y en la garganta no queda ni un átomo de ellos. Díganme ahora debajo de qué sombrero quieren ustedes que estén.

Mientras designan el sombrero, para dar mayor realce al juego se hacen visajes y contorsiones, y se dicen las palabras siguientes: *Bizcocho, sombrero, birlibirloco, birlibirlo, salid poco á poco, salid majaderos...*

Una vez que os han indicado debajo de cuál sombrero desean encontrar los tres bizcochos, tomad el señalado, y con la mayor seriedad os le ponéis en la cabeza, diciendo á los concurrentes:

—He aquí de qué modo los bizcochos que me comí están debajo del sombrero de Fulano.



José Herreros.—¡Viva ROSA Y AZUL!

Somos cinco hermanos
muy chiquirritos,
y á todos nos gusta
porque es muy bonito.

F. Villaverde.—Madrid.—Sr. Director: Su Revista me entusiasma; mi desco sería ver en cada número un artículo mío. Publique muchas cartas ilustradas.

L. Ordoño.—Idem.—La novela muy bonita; ¡pero acortar la *Correspondencia y Pasatiempo!*...

José R. de Castro.—Algeciras:

ROSA Y AZUL me entusiasma
por los chistes que contiene,
y por los bonitos cuentos
que tanto nos entretienen.

R. Adúa.—Me gusta mucho la novela en folletines. De las *Cartas ilustradas* no hay que decir. En fin, me gusta mucho.

Angel Cruz Rueda.—Jaen.—La lectura de ROSA Y AZUL es «un panal de riquísima y fragante miel, que agrada, deleita y nutre», como dice el insigne Jüemann de Sófocles, el sublime trágico griego.

Vicente Luna Busó.—Valencia.—Muchas gracias por haber publicado la novelita. Cuando terminen debían insertar *La hija del usurero*.

Ulises Macia.—Arévalo.—La Revista en total me gusta; pero resultaría aún más educativa abriendo una sección á plana entera donde se publicaran composiciones cortas con el retrato del autor; cuentos, fábulas para niños; colección de obras dramáticas y cómicas; una sección de clásicos de todos los países; los monumentos arquitectónicos de todo el mundo, y cuadros á plana entera de arte cosmopolita.

Juan Ugarte.—Lérida.—No haga usted caso de los que piden gollerías. Aquí estamos muy satisfechos de la Revista y opinamos que no se puede dar más. Siga por ahí.

go. No tuve que esperar mucho; aparecieron casi en seguida el hermano y la hermana.—Lo había dicho—pensé.—va á ocurrir algo; pero, ó dejo aquí la pica, ó no salen con la suya, vive Dios!—Hablaban seme subido toda la sangre á la cabeza; los no sabía lo que me hacía; aprataba los dientes y los puños, y me sentía fuerte para cuatro. Andando de puntillas, fui á ponerme á unos quince pasos detrás de Luisa; no podía ser visto. La calle estaba casi enteramente á oscuras. Hablaban en voz baja entre sí; Luisa lloraba y se detenia de vez en cuando, y el hermano la empujaba hacia adelante, arrastrándola del brazo. Al llegar á cierto punto, clavó ella un pie en tierra, y dijo con resolución:—No, mátame primero.—Entonces el hermano, rechinando los dientes como un perro, le preguntó por tres veces:—¿Vienes?—Y ella por tres veces respondió que no. A la tercera, aquel infame levantó la

37

DÍA FELIZ

se me echaron encima.—Un momento, caballeros—gritó una voz en medio de la calle.—Aquellos matachines se volvieron, y vieron á diez cazadores formados en fila, bayoneta en mano. Al punto, de repente echaron á correr, unos por aquí y otros por allá, como perros apaleados; Luisa, más bien llevada en brazos que conducida, entró en su casa; el caballerito, muy airado, se me acercó y me dijo:—¿Cuál es su nombre?—Yo le dije nombre, apellido, compañía, batallón, número de la lista, todo lo que él quiso. Él lo apuntó todo, y se marchó diciéndome:—Nos volveremos á ver.—Como quiera—contesté.—Di las gracias después á mis camaradas:—Si tardáis un minuto me despachan. Veía ya relucir las navajas.—Entonces se pusieron todos á hacerme mil preguntas, queriendo saber el cómo, el cuándo y el por qué, y yo les conté toda la historia, de *pe á pa*. Pero vea, señor coronel, porque hay que ser justos:

40

DÍA FELIZ

té el paso de modo que me perdieran de vista.

En esto encontré á dos camaradas; les informé de la ocurrencia; combiamos nuestro plan, y después, cuando comenzaba á oscurecer, me dirigí hacia el Hospital. Cuando cruzaba una plazuela muy cerca de allí vi á mi hombre... aquel caballero, que daba vuelta apresuradamente á una esquina, hacia la parte opuesta. No me debió ver; yo aprété el paso, y en la calle, fui á colocarme cerca de la casa de Luisa, en un rincón oscuro, y estuve observando. Aquel joven llegó pocos momentos después, y se puso á pasear delante de la puerta, mirando de vez en cuando el reloj, y volviéndose á cada paso para ver si venía alguien. Note que se volvía siempre hacia el mismo lado.—Por allí tienen que venir—pensé,—y por una calleja lateral me dirigí corriendo al fondo de la calle, á la parte que miraba el ami-

36

DÍA FELIZ

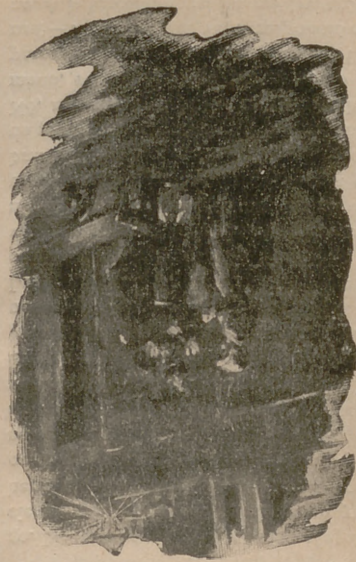
después ríe y se cubre la cara con el pañuelo. Créalo, señor coronel; no he tenido nunca alegría como aquella. Casi tuve miedo de perder la cabeza.

Aquí César dió un gran suspiro.

—Adelante, le dijo el coronel, y continuó así:

—Pero estaban destinadas á durar poco mis alegrías. Una mañana, yendo por la plaza de Armas con mi batallón, veo de lejos, en el fondo de un callejón, dos personas... dos personas que no hubiera querido ver nunca juntas: aquel señorito y el hermano de Luisa, que estaban en gran conversación. Milagro fué que no me cayese el fusil de la mano. Ya puede figurarse su merced lo que sospeché, y no me podía engañar, porque la manera como aquel joven iba detrás de la muchacha, que parecía decir «seguro estoy del triunfo», no se prestaba á equivocación alguna; y después, el hermano era un sujeto de pe-

respirar. Me propuse ir á buscarlo á él y al señorito, y á cualquier otro que interviniese en aquella infame intriga; pero despues me contuve, y pensé que era mejor aguardar un poco.—Ve y dile á tu hermana que tenga ánimo—dijele al muchacho—, y que hay alguien que la quiere bien y piensa en ella.—El día siguiente era festivo y teniamos tres horas de asueto más de lo acostumbrado. Sali solo y me puse á pasear por la ciudad. Andaba cerca de la misma estampa que el hermano, dos caras prohibidas: hice como que no les veía. Al poco rato vi que á aquellos dos se habian unido otros tantos y que se me acercaban. Comprendo—dije en mi interior— vienen mandados. Están acechándome; algo pasará. Encontrábame entonces á un extremo de la ciudad. Cambié de dirección, dirigiéndome hacia el centro, y apre-



simas calaña, capaz de todas las villanías del mundo. Figúrese, pues, cómo se me pondría el corazón, cuando pocos días más tarde el chico vino á decirme que la noche anterior su hermano y su hermana se habían peleado, que lo habían mandado fuera de casa para poder disputar á sus anchas, y que desde la escalera había oído hablar con enojo, y que la hermanita lloraba y respondía:—Jamás, jamás;—y que despues había habido algunos minutos de silencio, en los que no pudo comprender qué era lo que hacían, y por fin se había abierto la puerta y había salido Luisa tan pálida, que parecía una muerta, y con una mejilla amoratada. El bribón de su hermano la había golpeado, y ella no había gritado porque no lo oyese los vecinos. Oscurecióseme la vista, apoderóse de mí un temblor tan fuerte, que parecía tener calentura, y si hubiera encontrado al hermano lo estrangulo sin darle tiempo á

mano... ella dió un grito; yo me lancé entre ellos; cogí aquel brazo levantado en alto, y lo bajé con una sacudida muy propia para desencuadernarle el hombro, diciéndole:—¿Qué haces, canalla?—No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se me presentaron delante diez personajes en actitud amenazadora. Eran los compinches del hermano; en medio de ellos el caballero; más allá algún curioso. Luisa se había apoyado á la pared.—¿Qué tienes que ver aquí?—me preguntaron todos á la vez, acercándoseme.—¡Atrás!—grité fuera de mí,—tengo que ver, porque se trata de cometer un atentado infame.—¡Está loco!—gritaron todos ellos, acercándose más.—¡Atrás!—repetí con voz ahogada;—atrás, ó paso al que se acerque!—y tenía la bayoneta en la mano.—;Paso, paso; apártese de delante—gritó el caballero, adelantándose para levantar á Luisa que había caído; yo le di un bofetón, y todos



Vicente Mas.—Soller.—Se publicarán sus trabajos.
 J. L. Buzón.—Idem id.
 T. G. Nozal.—Miranda.—Irà la efeméride.
 Antonia Jiménez.—Sí, me gusta. Se publicará.
 Francisco Guerrero.—La Línea.—Publicaré su carta ilustrada.

M. G. Miranda.—Cádiz.—Muy bien las fotografías. ¿Por qué no ha dedicado unas cuantas líneas à cada una?

A. Albiñana.—Madrid.—Su cuento me gusta; lo que no me hace muy feliz es que me le *embie* así.

M. Castaño.—Idem.—Se cumplirá su deseo.

R. Campo.—Si el cuento fuese alguna cosa del otro jueves y poco conocida, tendría mérito el que usted le hubiese copiado; pero ¡ay!... vale tan poco... y es tan conocido...

A. C. R.—Jaén.— Puede enviar las ilustraciones à los cuentos hechas con tinta china, en papel fuerte y de 13 X 9 centímetros; pueden ser también al oleo, con pintura negra y blanca.

M. Moncó.—Madrid.—Goza usted de mi simpatía por lo trabajador; le complaceré.

R. Portillo.—Idem.—Usted sí que nos tiene olvidados.

A. Montaner.—Pamplona.—Sus fotografías entran en turno.

L. Ordoño; G. C. y Pascual; L. Bustos; E. Benzo. Se publicará lo que envían.

M. de Diego.—Madrid.—Le aconsejo que haga mejor letra puesto que está en la edad de corregirla.

M. Ramón.—Idem.—Está usted obligado à debutar con cosa de mayor fuste, y yo espero que no me dejará feo. Con que venga otro trabajo.

A. Nespral.—Ciaño.—Publicaré las fotografías. Cuando envíe otras procure que sean mejores para que se reproduzcan mejor.

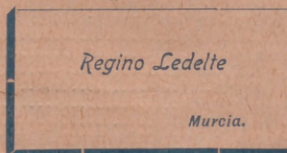


ADIVINANZA por S. de Miguel.
 ¿Adónde hay más pescados, en el mar ó en la tierra?

FUGA DE VOCALES por J. S. Baytón.

H. l. . m. p. s. l. d. ch.
 y l. d. j. . n. l. m. m. n. t.,
 p. r. q. . n. s. . p. r. c. . l. b. . n
 h. s. t. d. s. p. . s. d. p. r. d. r. l.

TARJETA por J. R. de Castro.



Combinad las letras y hallaréis el título de una obra teatral.

JEROGLÍFICO por J. Socastro.

RA 2

+ K

CHARADA por J. Larrañeta.

Con la *prima segunda*
 de mi *tercera*,
 doy un *todo ligero*
 à quien lo quiera.

SOLUCIONES

A la adivinanza por J. Corral: LA SABIDURIA.—Al rombo por F. Guijosa: M; MAR; MARIA; RIA, y A.—A la tarjeta por T. Ruano: ALVARO CARRILLO.—Al jeroglífico por L. Ordoño: ANTERIORMENTE.

PARA LOS NO SUSCRIPTORES

Cupón regalo núm. 9.

La presentación de 52 cupones con la numeración correlativa da derecho à un magnífico mapa de España.

ROSA Y AZUL

(Todo para niños)

Marqués de Santa Ana, 33

MADRID



FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo.....	0,50 »
Pepe 2.º »	0,50 »
Pepe 3.º »	0,75 »
Pepe 4.º »	1,00 »

Los señores Maestros y Libreros obtendrán descuentos proporcionados al importe del pedido.

MÉTODO CÍCLICO

EL MISMO DE LA

ESCUELA MODELO DE MADRID

de tan brillantes resultados
 y proclamado por los señores Maestros.

Asignaturas primer grado.

	Ptas.
Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sa- grada.....	0,15
Lengua castellana.....	0,15
Aritmética.....	0,15
Geografía ó Historia.....	0,15
Elementos de Derecho.....	0,15
Nociones de Geometría.....	0,15
Idem de Ciencias Físicas, Químicas y Naturales.....	0,15
Idem de Higiene y Fisiología Humana.....	0,15
Agricultura.....	0,15
Industria y Comercio.....	0,15

CATECISMO

RIPALDA Ó ASTETE

	Precio neto del 100.
Litografía en negro.....	3 ptas.
Negro y plata.....	3 »
Cromo con oro.....	3 »
Cartoné negro y plata.....	6 »
Lujo tapas doradas.....	7 »

Pidan tarifas de precios y condiciones en el depósito general del *Método de lectura El siglo de los niños*, calle de Jardines, 15, Madrid, Sra. Elja de Gómez Tutor.

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, sineografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedias, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

PAPILLA PARA LA BABA, EN LÍQUIDO



Las madres la conocen por sus efectos, y sus hijos la toman con avidez. Frasco, 0,50 y 1 peseta. Para provincias tenemos la *Papilla* en polvo, caja con 10 pañuelos, que vale 2 pesetas. Para su uso y demás instrucciones léase el prospecto. Desconfíen de las imitaciones, porque la

verdadera *Papilla*, única y exclusivamente se despacha en esta casa.

Oficina de farmacia de D. Luis Fornés Grimalt
 San Bernardo, 70, Madrid (frente al Noviciado)

SASTRERIA EL INFANTE NIÑOS

26, PRECIADOS, 26



- Trajes dril, desde.... 2 ptas.
- Lana y vicuña..... 5 »
- Gergas y estambres.. 10 »
- Piqués superiores.... 8 »
- Alpacas elegantes... 15 »

Cuellos novedad, chalinas, sombreros paja y colección grandísima de géneros para la medida.

VINO DE PEPTONA ORTEGA



MARCA REGISTRADA

Para convalecientes y personas débiles es el mejor tónico y nutritivo. — Inapetencia, malas digestiones, anemia, tisis, etc.

LABORATORIO-FARMACIA DE ORTEGA:

MADRID.—18, LEÓN, 18.—MADRID